

## FAMILIA AMERICANA

### Martha

—Yo no les abro la puerta. Yo qué culpa tengo, no les dije que se pusieran a cruzar el desierto, que acá rápido agarraban trabajo. Estoy sola con mi niño y si me tocan la puerta, no abro.

—Ay, Martha, que bárbara, pero a veces son señoras las que tocan, todas cansadas, con niños en brazos, cómo no abrirles, una también con criaturas en brazos. Yo sí les abro, les hago su sangüich, les doy agua y hasta dinero, a veces, cuando puedo.

—Están locas, les va a venir pasando algo, ya verán. Esa es gente con necesidad. Si ya arriesgaron su vida y la de sus hijos y parientes que a veces arrastran con ellos, ¿qué no serán capaces de hacer a un desconocido?

—Pero son paisas.

—Qué paisas ni qué ocho cuartos, yo no soy ninguna mojada. Yo me casé con un gringo y tengo todos mis papeles en regla y si me vine fue porque me quería casar con Harold, ni siquiera porque me guste andar de este lado.

—Pues yo digo que ni modo que dar un vaso de agua sea delito.

—Pues chance y sí, ahí andaban agarrando a la misionera esa, Kinney, y sus ángeles del desierto y a los del *No More Deaths*, que porque llevar comida y agua a los ilegales sí es un delito.

—Mmm... Yo no leo las noticias mucho, ni en español. Yo sólo sé que ni más rica ni más pobre si les doy algo de comida, también les digo que pueden bañarse ahí afuera con la manguera, tan asoleados que llegan los pobres.

—Ah, eso sí, yo también les digo que pueden usar mi manguera para tomar agua o

refrescarse, pero les da uno la mano y te agarran el pie, no falta el que se pone a hacer del baño, ¡ahí, en mi *garden*! Nombre, ya ni lo cuido, dejé que se secan las flores. Y aquí en Nogales ya ven que ni rejas hay, ni en las ventanas, ni en los porches, me la paso de nervios, qué inseguridad.

—Es verdad, dejan un cochinerito, botellas de agua, bolsas de plástico, hasta ropa. Sí es una lata, pero pobrecitos, tanto kilómetro a pie, qué aventada esa gente.

—¿Aventada? ¿Pero no se dan cuenta? Es ignorancia, necesidad, puros engaños. Son unos hijos de la chingada los famosos coyotes, les dicen que nomás unas horas van a caminar y son días. Los drogan, los empastillan, los tiran a la mitad; si no les pagan acá llegando los dejan en el hoyo ése como canal, el *Potrero Canyon*, ése que parece caminito de la escuela, por ahí directo se cuelan desde México para acá, por eso salen directo a nuestra colonia. Y se supone que la *Meadows* es una colonia bien. No soporto tanta inseguridad.

—¿Pero cuál inseguridad? Si los mojaditos no hacen nada...

—No les digo, los mojados vienen con los coyotes que son unos hijos de la chingada, les dicen que aquí ya es Tucson, que ya es Chicago, son unos groseros, la otra vez leí que se robaron a una niña, de meses, que pa venderla, no, si son unas alimañas, ¿y a poco no creen que también se cruzan los terroristas, los violadores, los narcotraficantes? Son una amenaza. Ésos también se meten por aquí. Y nadie les puede asegurar que los mojaditos sean siempre inofensivos.

—Ay, Martha.... Te cuelgas...

—Me cuelgo madres, yo no les abro la puerta. Nada de muro de la vergüenza. Vergüenza le debería de dar al gobierno mexicano su corrupción y su teatro. Están todos de acuerdo: siguen flojeándole los gobiernos en México sin dar empleo, siguen cruzándose mojados, siguen los empresarios gringos pagándoles bien poquito en comparación a un

sueldo legal y evadiendo impuestos. Y todos bien felices, empacándose lana.

—Pues sí... Y la pobre gente muriéndose cuando cruza, dejando a sus familias. Como la Rosario, la muchacha que le ayuda a mi cuñada. Quince años sin ver a su familia, sin cruzar a México.

—Y no es discriminación, ¿eh? Yo no le abro a nadie, ni a los testigos de Jehová ni a los-güeros-vende-aspiradoras. Yo no le abro a nadie que no conozca.

—Pobre Rosario, tan cerquita México para nosotras.

—Pero de qué sirve ir a Obregón cada mes. Se me hace todo tan raro, tan desordenado. Aquí la ciudad sí es limpia y organizada.

—Yo cuando voy a Hermosillo veo la aguja marcar 100 kilómetros por hora y pienso: por-ho-ra. ¿Y a pie, cuánto será? Me dan escalofríos. He visto gente llegar con los huaraches destrozados, de plano con los pies vendados, ya sin zapatos, llenos de sangre. He visto niños como muertos, insolados.

—Ándale, sígueles abriendo la puerta, a ver si no te pasa algo, yo ni les abro ni los veo. Por mí está bien que pongan el muro, así la gente se cruza menos, se arriesga menos, y me tocan menos la puerta. Salto de miedo cada vez que oigo la famosa puerta. Luego te hablan en español, como si todo mundo en Estados Unidos les fuera a entender su español. Ya que el gobierno de México se ponga las pilas, si no qué a gusto, mandando sus problemas y responsabilidades para este lado.

—¿Pero te han atacado alguna vez?

—A mí no, pero a la Fernanda mi prima, una vez que le toca la puerta una señora de esas chaparritas morenas, como de Oaxaca, con una niña. Que si la dejaba bañarse. Y la Fernanda le dice que no, pero que ahí está la manguera, que si quiere le da comida por la ventana. Y la señora insiste. Que la niña está acalorada. Que llevan días en el sol. Y la

Fernanda pensando pues cómo la va a dejar entrar hasta el mero fondo de la casa, a bañarse y todo, pues no. Total que tanto insistía la señora, casi llorando, que la Fernanda a punto de decirle que sí, de casualidad le pregunta: ¿Pero sí viene usted sola, verdad, no anda con nadie más? Y que la señora le dice: ahí están mi marido y mi suegro, escondidos atrás de los arbustos. Nooo, dijo la Fernanda, no mamen. ¿Qué tal si es el coyote, qué tal si me asaltan? ¿O qué tal si éstos no pero otros sí, o qué tal si se corre la voz de que en mi casa los dejo bañarse, si la migra agarra a estos señores y le dicen que la mujer está adentro en mi casa y luego me enjuician a mí? Así que con mucha pena pero dijo que no podía. Y sí se siente feo, no digo que no. Ya no sabe uno si está en Nogales o en la India, en Estados Unidos o en la mitad del desierto.

### **Los Harold**

El día de las torres gemelas los Harold lloraron viendo las imágenes en la pantalla. Dijeron que el mundo era una mierda y que los árabes eran soldados del diablo. Los Harold tienen tres hijos, los tres muy cristianos, muy de la iglesia. Cuando el menor dijo que se casaba con una mexicana no ofrecieron resistencia, pero hay cierta mueca en la sonrisa de Ms. Harold que Martha no termina de descifrar.

Yo nunca les abro, dijo con cierta timidez Martha. Los Harold asintieron con la cabeza y Ms. Harold levanto la taza de café con una ligera elevación en el dedo meñique. *Is nothing against Mexicans, of course, but the terrorists could cross through the Mexican border. Plus, once the wall is done, no more risking their lives, don't you think so, dear?* Todos los ojos giraron hacia Martha. Hasta los de su hijo, quien interrumpió sus internas conversaciones con Bob Esponja para voltearla a ver. Y a ella qué le importa, pensó. Ni que tuviera parientes cruzándose por el famoso desierto. *Not my problem*, quiso decir pero calló, ansiosa de

cambiar el tema.

*But terrorists would cross by air, dear,* dijo Mr. Harold, *not by land.* A continuación una lista de escenarios de dónde, cuándo y cómo podrían adentrarse los *aliens* a la tierra *americana* y qué acción debiera tomar el gobierno, el ejército y la sociedad civil. Si pudiera existir un muro aéreo, para vivir a gusto, sin miedo, coinciden los Harold.

Martha ve a su niño, blanco, rubio. Habla inglés. También español. *Schandmauer*, dice su suegro. El Muro de la Vergüenza de aquella época. Pero los Harold están de acuerdo en que ahora es muy diferente, hay seguridad, hay una frontera abierta, hay legalidad, orden y precaución. Se puede ir y venir con libertad, con total seguridad, si se tienen los papeles en regla, claro. Esos *Minute Man* que le disparan a la gente no son parte de una política internacional. Es un movimiento como esas sectas suicidas o los que adoran a los murciélagos. Martha no tiene parientes cruzando el desierto. Mr. Harold tampoco los tiene entre los *Minute*. Todos sonríen. Hora de ver televisión. Su marido pasa por ella después del trabajo. Toca el cláxon y ella sale de un mundo Harold a otro, por sobre un puente Harold iluminado de asfalto hacia un Stratus Harold con vidrio polarizado.

Por la noche, el menor de los Harold se enlaza a su esposa como si vivieran en un área cualquiera de la nación, como si afuera sólo la naturaleza respirando. Martha abraza a Harold como si la guerra, la invasión, los gritos y la muerte. Martha tiene miedo de lo que pasa allá afuera, tiene miedo de que su hijo algún día tenga que caminar por ese *out-doors*, de que los *others* le ataquen o invadan su arquitectura, su lenguaje polarizado, su mundo de adentro. Harold le abraza y le dice no pasa nada, son una familia como cualquier otra, segura en su *neighborhood* de Norteamérica. O eso siente que le dice. Porque en ese momento tocan a la puerta. Ayúdeme, por favor. Los *others* que son siempre la misma frase, la misma noche de *Halloween* que no se acaba. Martha tiene miedo y dice no abras la puerta. Harold se

levanta. No abras, *honey*, por favor, se quiebra una voz de mujer, entre sueños. *Take it easy*, dice Harold asomándose por entre las persianas.

### **Martha**

Escucha el golpeteo en la puerta de madera varias veces. ¿Por qué no tienen protecciones las casas gringas? Sabe que son varios, oye los pasos sobre el jardín, pies que se arrastran como bloques de cemento. Siente un vaho de calor bajo la puerta. Ella nunca les abre. Le sube al televisor, no quiere escucharlos, luego se van. Pero no se van. Son las cinco de la tarde. A las cinco y media nos vemos en el McDonald's, había dicho su prima Fernanda, para que se entretengan los niños en los juegos. Ahora está sitiada. No puede salir con esos pies que se arrastran, ahí, en su *garden*, amurallándola.

Cinco y cinco. Cinco y diez. Cinco y cuarto. Ayúdenos por favor, estamos muy cansados. Sí, oiga, pero no se pueden quedar en mi jardín. ¿Nos presta el teléfono? No puedo. ¿Nos da algo de comida? No puedo, señor. ¿Un vasito de agua no nos da? No puedo, m'hijito, pero ahí está la manguera si se quieren refrescar, les pido por favor que se vayan luego, si viene la policía me van a meter en problemas. Son diez, cuenta Martha. Seis hombres, dos muchachitos, una mujer y un niño. Todos sentados en su banqueta, en su pasto donde solían crecer flores que compraba en macetas de madera en el Home Depot para luego incrustarlas en la tierra fértil y verlas luchar contra el calor. Cinco y veinte.

Suena el celular y es Fernanda: Martha, no salgas, te están esperando afuera. Sí, ya vi. Espérate a que se vayan, yo ya voy rumbo al Macdo, allá te espero, no le hace si llegas más tardecito. Me dan miedo, Fer. Ahorita se van.

Cinco y veinticinco. La mujer se acerca. ¿Oiga, y no me da leche para el niño? No, ya les dije que no les puedo ayudar. Cinco y treinta. No se van. Martha llama a su marido.

No contesta en su oficina. Llama al celular, deja un recado en el buzón: hay diez gentes allá afuera, tengo miedo, *honey*, no sé qué hacer. Camina hacia el cuarto de su hijo, revisa las ventanas, lo carga y lo sienta en su sillita para comer, donde lo pueda estar viendo. Cierra todas las cortinas y se sienta en la cocina a esperar no sabe qué.

Señora, señora, grita la muchacha en la ventana, ¿Nos presta el teléfono? Díganme pues a dónde quieren que llame. Pues la verdad ya estamos muy cansados, venimos caminando por la carretera desde hace varias horas y nadie nos levanta, llevamos días sin comer y nos duelen mucho los pies, 'tan llenos de ampollas. ¿Tienen familia en Estados Unidos? No, nosotros pagamos nomás el cruce, pero nadie pagó acá pa recogerlos, así nomás nos dejaron, y ya no hallamos el rumbo, no sabemos a dónde ir. De aquí a que lléguemos a donde nos den los trabajos. ¿Está cerca donde dan los trabajos? ¿No sabe usted de algún refugio? Martha no sabe. ¿Y a dónde quieren llamar entonces? Pues llámele a la migra oiga, de favor, ya no aguantamos.

Martha marca el número de su marido, él le dirá qué hacer, a dónde. Martha repite el nombre del padre de su hijo cincuenta veces hasta que pierde significado. Afuera nada, nadie, como si los vecinos no salieran por temor a la casa de Martha; como si los coyotes y los mojados hubieran dicho por ahí no pasen, por ahí vive Martha y le va a llamar a la migra. Decide marcar 911.

Cuando explica la situación enseguida la remiten a la *Border Patrol*.

—Pero yo lo que quiero es reportar gente que necesita ayuda, doctores y esas cosas.

—¿Son ilegales?

—Pues... ¡Yo cómo voy a saber!

Ni modo de colgar, luego la acusan de sospechosa... A Martha se le eriza la piel y su niño empieza a llorar. No soporto más todo esto, que ya pongan el maldito muro, no soporto

más. 911. *Border Patrol*.

—¿Y... de dónde vienen? —pregunta Martha, más por calmarse que por curiosidad, a la muchacha que mira ávida hacia dentro por la ventana, como queriendo respirar el aire acondicionado o grabarse la decoración para algún día que tenga una casa. Ellos vienen de Michoacán, los muchachos de Oaxaca, y yo soy de Sonora, me la di de brava, de sabérmelas del desierto, de hablar inglés, pero no, a la bestia, está mucho peor de lo que pensaba. ¿Y el niño es suyo? Sí, casi se me muere, pasé mucho miedo, hasta empecé a ver cosas, a oír que me hablaban los cactus ésos que parecen gente, atravesamos pueblos enteros de ellos, se juntan como familias; yo sentía que se me quedaban viendo, que querían ayudarme, o que me decían cosas que me dolían mucho. Alguien dijo: no llore, muchacha, se nos va a deshidratar.

¿Está casada? No, nostamos casados pero él dijo que si me venía me ayudaba, como fuera. El niño es werito, habla inglés, también español. El papá de mi niño es gabacho, pensaba encontrarlo yendo a su trabajo donde lo conocí hace años, que me darían referencia. ¿Y cuántos años tiene? Veintiocho, dijo la voz de afuera. Yo también, escuchó en su mente la voz de adentro.

Quiero casarme aunque sea por los papeles, o pagar la *greencard*, así le hacen muchas. Aunque yo sí lo quiero, nomás que se me fue con uno de esos pleitos. De todas formas voy a volver, lo voy a encontrar, quiero una familia gabacha con él, una familia bonita, como cualquier otra. Martha especula que la joven podría haber sido novia de un narco, de un drogadicto, de gente así. Si no, no estaría cruzando. Es gente loca...

Los hombres discuten bajito entre sí, uno solloza. Ya vámonos, todavía es tiempo. Yo ya no puedo, compadre, usted sígale. La muchacha de afuera dice tengo mucho miedo, más a la ventana que a los señores en la banqueta. ¿Cómo te llamas? —inquiére la ventana. Martha,



dice la voz de afuera.

Fernanda llama otra vez en el celular: métete, no les hagas plática, me regresé porque me agarró el nervio de que no llegabas y que te voy viendo ahí parada, llámame cuando se vayan. Estoy adentro. Pero si te estoy viendo ahí afuera, de camisa roja. No soy yo, es la otra Martha. ¿Cómo que la otra Martha? Martha cuelga. Martha observa a Martha. ¿Cómo se llamará el niño de afuera?

Las patrullas llegan como a las seis, con la luna llena encaramada y las luces delanteras encendidas. Esposan cada par de manos a excepción del niño de quien Martha no alcanza a preguntar el nombre. El niño conmigo, grita la madre. Martha tiene miedo, le van a hacer preguntas, tal vez la maltraten, tal vez la violen. Martha besa a su hijo y alarga la mirada a través del vidrio, sabe que si llora no podrá parar en mucho tiempo, así que no debe, no ahora. Sabe que van a tocar a su puerta. *Do I have to open? Yes, Ma'am, it's totally safe now.* Pero a mí no me gusta abrir, ni a usted ni a los testigos de Jehová ni a nadie que no conozca, ¡Déjenme en paz! *Are you OK? Yes,* responde Martha. *Is this your son? Yes, he is,* responde al uniformado cuando éste cierra la patrulla de golpe, observando el abrazo a ver si de verdad son madre e hijo, mientras ella invoca el nombre de quien dijo que le amaría por siempre, que nomás de este lado la cuidaría por siempre. Le llama con todo el pensamiento, con los gritos de sus peores pesadillas. Pero el padre de su hijo no responde. Se encuentra fuera del área de servicio, ha dejado recado en su buzón y observa el celular entre sus dedos: cómo puede ser tan inútil. El padre de su hijo no sabe que está en Estados Unidos, le dirán tienes derecho a una llamada y no sabrá qué número marcar. Aquí la policía está para cuidarte, le había dicho varias veces, para protegerte. Martha se lo repite una y otra vez mientras los ve caminar por su sala y su recámara, pisando las piezas de lego y los muñecos de colores, abriendo puertas como si quisieran encontrar a alguien más dentro de su casa. Martha entona

una canción de cuna en el pensamiento y le acaricia el cabello a su hijo mientras observa a través de la reja de alambre los cuellos y el pelo corto de dos hombres que hacen bromas y ríen sin disimulo. Soy ciudadana, les habla en inglés y poco a poco su corazón se le acomoda, el inglés le acaricia y le reubica en su sala, en su *garden* sin flores, en su territorio. Dijeron que venían de caminar muchas horas por la carretera, pero aquí no hay carretera, ni modo que la calle Nogales... *Oh, Ma'am, these persons come from very poor places; for them any pavement is like a highway, each little house is like a mansion, usually they ask if they are already in Chicago.*

Martha gira la cabeza y ve la cabeza girar de Martha. Enrosca a su hijo en su regazo y le dice con la mirada que vivirán bien, si no ahora más adelante, que encontrarán a su padre y le dirán que están bien, que no les pasó nada, que anhelan una mano les acaricie la cabeza y les diga que todo esto ha sido un sueño raro... Porque estarán seguros, los tres, dormirán juntos y serán una familia americana, como cualquier otra.

**Cristina Rascón** (Sonora/Sinaloa, México, 1976)

© Cristina Rascón Castro

Del libro *En voz alta* (Nitro/Press, 2014).

Este cuento se publicó por primera vez dentro del libro *Puede que un sahuaro seas tú* (FORCA Noroeste, 2010), Premio Regional de cuento "Ciudad la Paz" 2008.

[www.cristinarascon.com.mx](http://www.cristinarascon.com.mx)

<http://www.nitro-press.com/?envozalta>